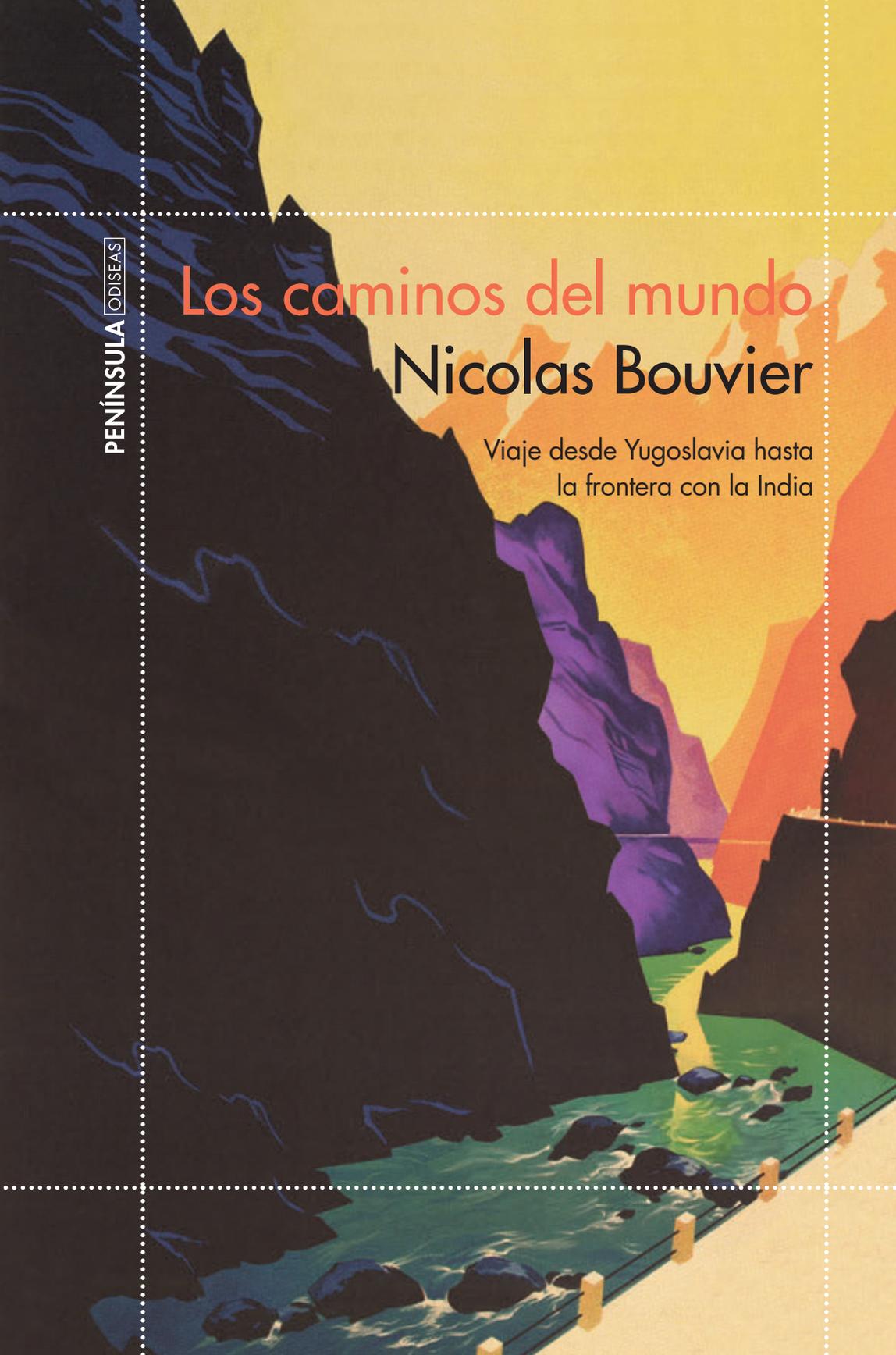


PENÍNSULA ODISEAS

# Los caminos del mundo

## Nicolas Bouvier

Viaje desde Yugoslavia hasta  
la frontera con la India



# Los caminos del mundo

## Nicolas Bouvier

Viaje desde Yugoslavia hasta  
la frontera con la India

Ilustraciones de Thierry Vernet

Traducción de Lara Cortés



*ediciones península*

Título original: *L'usage du monde*

Este texto apareció por primera vez como una autopublicación en la editorial ginebrina Librairie Droz, en 1963. Posteriormente lo editaron René Julliard, en París (1964), y Éditions La Découverte, también en París (1985). Éditions Payot lo publicó en formato de bolsillo en París (1992) y Éditions Gallimard lo incluyó en el volumen *Œuvres*, de Nicolas Bouvier, dentro de la colección «Quarto», en París (2004).

© Éditions La Découverte, París, 1985, 2014

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).  
Todos los derechos reservados.

Primera edición en Península: febrero de 2001  
Primera edición en este formato: febrero de 2019

© de la traducción del francés: Lara Cortés Fernández, 2019

Mapa al cuidado de GradualMap

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2019  
Ediciones Península,  
Diagonal 662-664  
08034 Barcelona  
[edicionespensula@planeta.es](mailto:edicionespensula@planeta.es)  
[www.edicionespensula.com](http://www.edicionespensula.com)

PAPYRO - fotocomposición  
DEPÓSITO LEGAL - B-671-2019  
ISBN: 978-84-9942-778-2

## ÍNDICE

Prefacio	13
Un olor a melón	19
La carretera de Anatolia	95
El león y el sol	133
Tabriz (Azerbaiyán)	136
Los turbantes y los sauces	196
Tabriz II	223
Shahrah	240
Alrededor del Saki Bar	319
Afganistán	367
La carretera de Kabul	367
Kabul	383
El Hindú Kush	396
El Castillo de los Paganos	417
La carretera de Jáiber	428

## UN OLOR A MELÓN

### BELGRADO

Estaban dando las campanadas de la medianoche cuando detuve el coche delante del café Majestic. Un acogedor silencio reinaba en la calle, aún cálida. A través de las cortinas de ganchillo, contemplé a Thierry, sentado en el interior. Había dibujado en el mantel una calabaza a tamaño natural que, para matar el tiempo, estaba rellenando con minúsculas pipas. Probablemente el peluquero de Travnik no lo había visto muy a menudo. Con sus patillas y sus pequeños ojos azules, parecía un joven tiburón, juguetón y agotado.

Me quedé un buen rato con la nariz apoyada contra el cristal antes de acercarme a su mesa. Brindamos. Yo me sentía feliz de comprobar que este viejo proyecto tomaba forma; él, de estar acompañado. Le había costado dar el paso. Había hecho caminatas demasiado largas sin entrenarse previamente, y la fatiga lo ponía triste. Al atravesar, con llagas en los pies y sudor en la frente, aquellos campos habitados por campesinos incomprensibles, dudaba de todo. Nuestra empresa le parecía absurda. De un romanticismo estúpido. Para colmo, en Eslovenia el dueño de un hostel, al ver su aspecto derrotado y su mochila demasia-

do pesada, le había dicho amablemente: «*Ich bin nicht verrückt, Meister, ICH bleibe zu Hause*».¹

El mes que pasó a continuación en Bosnia, dibujando, le sirvió para recobrar el ánimo. Cuando llegó a Belgrado con sus obras bajo el brazo, los pintores de la ULUS² lo recibieron como a un hermano y le encontraron un taller vacío en las afueras en el que podríamos alojarnos los dos.

Volvimos al coche: aquel taller estaba bastante lejos de la ciudad. Después de atravesar el puente sobre el Sava, había que seguir dos pistas a lo largo de la margen del río hasta llegar a una pequeña parcela repleta de cardos, en la que se levantaban varios pabellones en ruinas. Thierry me indicó que detuviera el coche junto al más alto. En silencio, subimos el equipaje por unas oscuras escaleras. El olor a trementina y polvo asfixiaba. Hacía un calor sofocante. Por las puertas entreabiertas se escapaba un potente ronquido, que resonaba en el rellano. Thierry se había instalado en el centro de una sala inmensa y vacía, como un vagabundo metódico, sobre un trozo barrido del suelo, a suficiente distancia de los cristales rotos de las ventanas. Un somier oxidado, sus materiales para pintar, la lámpara de petróleo y, junto al hornillo de gas marca Primus, sobre una hoja de arce, una sandía y un queso de cabra. La colada del día estaba tendida en una cuerda. Todo era austero, pero tan natural que tuve la impresión de que Thierry llevaba años esperándome en aquel lugar.

Extendí mi saco sobre el suelo y me acosté vestido. Las umbrellas de cicuta subían hasta las ventanas abiertas al cielo de verano. Las estrellas brillaban con fuerza.

Holgazanear en un mundo nuevo es la más absorbente de todas las ocupaciones.

1. Yo no estoy loco, jefe, YO me quedo en casa. (*N. de la t.*)
2. ULUS: Asociación de Pintores Serbios.

Entre el gran arco del puente sobre el Sava y la confluencia de este río con el Danubio, las afueras de la ciudad se convertían en una nube de polvo bajo el rigor del verano. El nombre de este lugar, Sajmiste (la feria), remite a lo que queda de una muestra agrícola que los nazis convirtieron después en campo de concentración. Durante cuatro años, aquí murieron centenares de judíos, miembros de la Resistencia y zíngaros. Cuando volvió la paz, el Gobierno municipal aplicó sin más una capa de yeso a estas lúgubres «villas» para que las utilizarasen los artistas becados por el Estado.

La nuestra —puertas descolgadas, ventanas con agujeros, una rebelde cisterna de retrete— tenía cinco talleres, que se movían entre la absoluta miseria y una bohemia opulencia. Los arrendatarios con menos recursos, los del primer piso, se encontraban cada mañana, brocha de afeitar en mano, en la puerta del baño del rellano, junto con el conserje —un mutilado de guerra, con gorra enroscada al cráneo—, que necesitaba que alguien le pellizcara la piel del mentón mientras él, con su única mano, se iba pasando con cuidado la cuchilla. Era un hombre con mil achaques, más desconfiado que una nutria, y cuyas únicas tareas eran vigilar a una hija en edad de merecer y recoger en los baños —letrinas al estilo turco, en las que había que vaciarse los bolsillos antes de agacharse— los pequeños enseres —pañuelos, mecheros, bolígrafos...— que se iban dejando atrás los usuarios distraídos. Milovan, el crítico literario; Anastase, el ceramista, y Vlada, un pintor campesino, ocupaban los talleres de la planta baja. Estaban siempre dispuestos a ayudarnos, a hacernos de intérpretes, a prestarnos una máquina de escribir, un trozo de espejo, un puñado de sal gorda, o, cuando habían conseguido vender una acuarela o un artículo, a invitar a todos los vecinos de la casa a un ruidoso banquete —vino blanco, pimientos, queso—, seguido de una siesta colectiva sobre el suelo soleado y desnudo. Bien sabe Dios que vivían con estrecheces, pero los años negros de la

ocupación y de la guerra civil les habían enseñado el valor de la amabilidad, y, a falta de comodidades, Sajmiste ofrecía una calidez muy particular. Aquella era una jungla de amapolas, acianos y malas hierbas que se lanzaban al asalto de los edificios en ruinas; ahogaba en su verde silencio las chabolas y los asentamientos que habían ido creciendo a su alrededor. En el pabellón contiguo al nuestro vivía un escultor. Con manchas de barba en el mentón y sus martillos colgados a la cintura como si fueran pistolas, dormía en un jergón al pie de la estatua que estaba terminando: un partisano con el torso desnudo y el puño cerrado sobre una metralleta. Era el hombre más rico del lugar. Los tiempos le eran propicios: entre monumentos a los caídos, estrellas de granito rojo y efigies de guerrilleros de la Resistencia haciendo frente a un viento de doscientos kilómetros por hora, tenía encargos para, por lo menos, los siguientes cuatro años. Era normal: al principio, las revoluciones son un asunto de los comités secretos, pero después se consolidan, se fosilizan y rápidamente pasan a manos de los escultores. Además, en un país que, como Serbia, siempre ha estado peleando y rebelándose, estos artistas ya disponen de un vasto repertorio heroico —caballos encabritados, sables desenvainados, *comitadjis*— en el que simplemente se trata de rescatar el material que necesitan. Pero en aquella ocasión las cosas eran más difíciles. Los liberadores habían cambiado de estilo: iban a pie, rapados, con aspecto inquieto y rudo; pero la cuchara de mermelada que, siguiendo la costumbre serbia, aquel escultor nos ofrecía cada vez que lo visitábamos sugería un universo menos marcial y más amable.

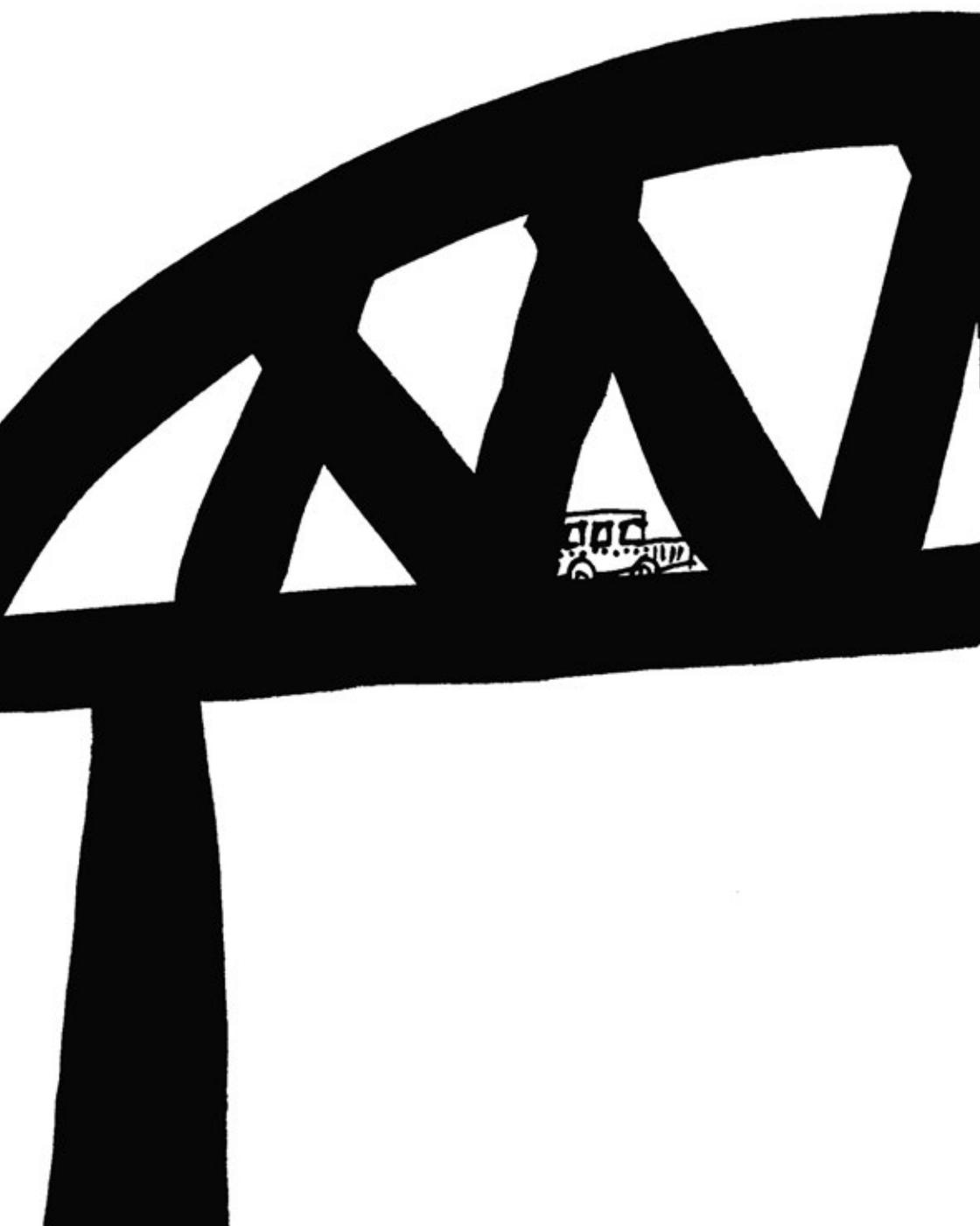
Al otro lado de aquel descampado, una heladería flanqueada por una taberna servía de buzón y de punto de encuentro a todas las personas que vivían allí, entre cielo y maleza, con sus gallinas y sus ollas. En ella se conseguían pesados bloques amarillentos de hielo granuloso y sorbetes de leche de cabra, cuyo sabor agrio permanecía en el paladar hasta la noche. El bar solo disponía de

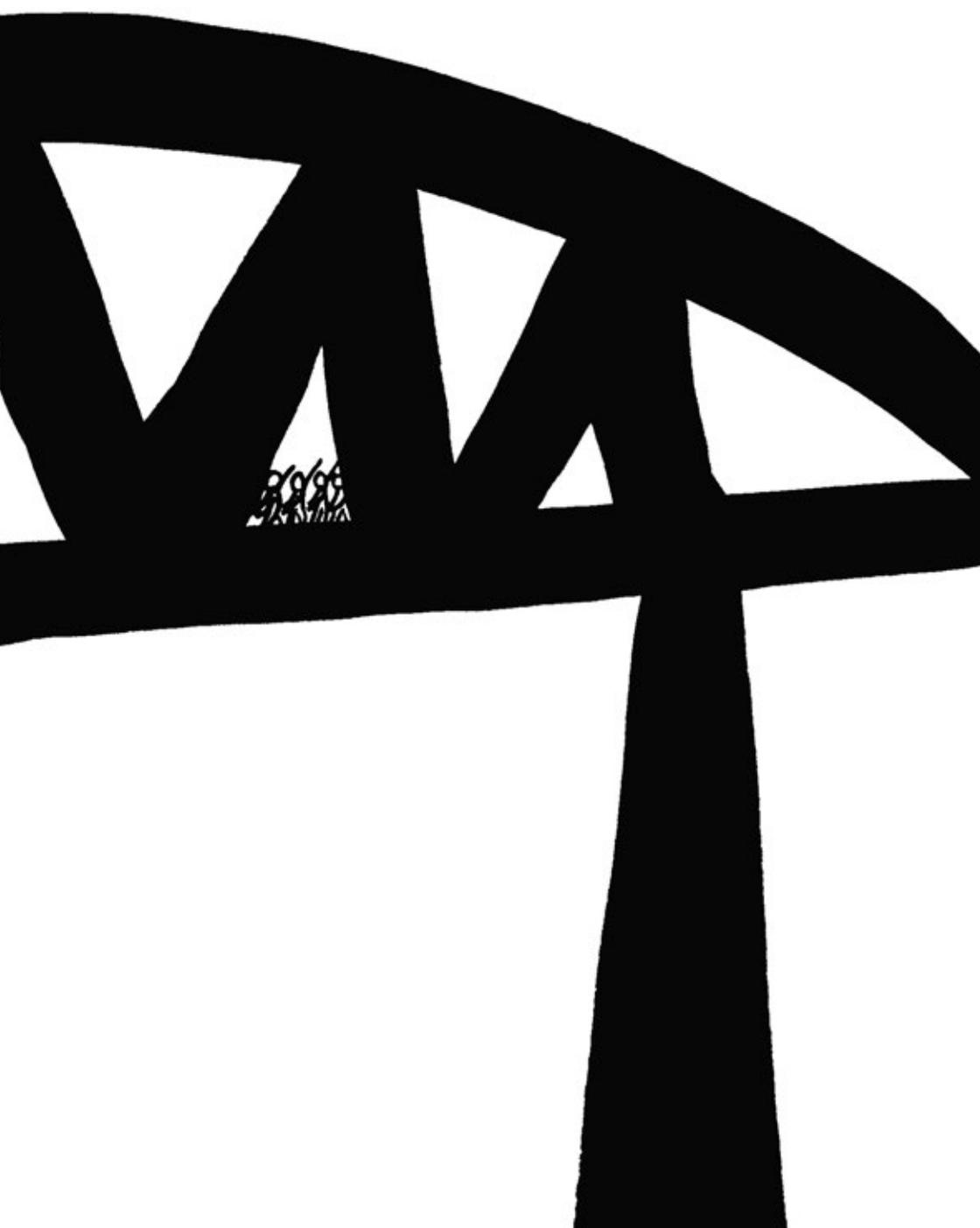
dos mesas. En las horas de más calor se sentaban alrededor de ellas los traperos del lugar —ancianos con ojos enrojecidos e inquietos que, a fuerza de escudriñar la basura juntos, habían adquirido un aspecto de hurones criados en el mismo saco—, para dormir o para clasificar lo cosechado.

Detrás de la heladería se extendían las tierras de un vendedor ucraniano de objetos de segunda mano que vivía en una cueva muy limpia en medio de sus tesoros; un hombre corpulento, con la cabeza cubierta por una gorra con orejeras, que poseía una montaña de zapatos desechados y otra de bombillas fundidas o rotas, y llevaba su negocio a lo grande. Una pila de bidones perforados y cámaras de aire quemadas completaba su almacén de existencias. Lo sorprendente era el número de clientes que salía de su almacén, con sus «compras» bajo el brazo. Cuando se sobrepasa un cierto límite de penuria, ya no hay nada con lo que no se comercie. En Sajmiste, UN zapato —aun cuando estuviese agujereado— podía ser un buen negocio, y a menudo la montaña del ucraniano la escalaban unos pies descalzos y la escrutaban unos ojos brillantes.

Hacia el oeste, a lo largo de la carretera de Zemun, Novi Beograd levantaba, por encima de un mar de cardos, los cimientos de una ciudad dormitorio que el Gobierno se había empeñado en construir en unos terrenos con mal drenaje, desoyendo el dictamen de los geólogos. Pero ninguna autoridad —por muy venerable que sea— tiene nada que hacer ante un terreno esponjoso, y Novi Beograd, en lugar de salir de la tierra, insistía en hundirse en ella. Abandonada desde hacía dos años, alzaba entre el campo abierto y nosotros sus falsas ventanas y sus vigas torcidas en las que anidaban los búhos. Era una frontera.

A las cinco de la madrugada, el sol de agosto nos perforaba los párpados, así que íbamos a bañarnos en el Sava, al otro lado del puente de Sajmiste. Arena suave en los pies, unas cuantas vacas por las marismas, una niña con pañuelo en la cabeza que cuidaba





pollos de ánsar y, en el agujero abierto por un obús, un mendigo que dormía tapado con periódicos. Después del amanecer, los marineros de las chalanas y los vecinos de la zona se acercaban a lavar su ropa. Con esta buena compañía, frotábamos nuestras camisas, en cuclillas sobre el agua terrosa, y a lo largo de la margen, frente a la ciudad dormida, no se oía más que el escurrido, el ruido de cepillos y las canciones suspiradas, mientras grandes bancos de espuma descendían, agua abajo, hacia Bulgaria.

En verano, Belgrado es una ciudad matinal: a las seis, el vehículo municipal de riego barre los excrementos que han dejado las carretas en las que se transportan las hortalizas y los postigos de madera de las tiendas se abren y se cierran; a las siete, todos los bares están hasta arriba de gente. La exposición abría a las ocho. Yo me quedaba al frente de ella cada dos días, mientras Thierry se iba a perseguir a los compradores difíciles hasta sus casas o dibujaba por la ciudad. Veinte dinares la entrada, para quien pudiera permitírselo. En la caja solo había un puñado de monedas y, fruto de un olvido del último artista que había expuesto en aquella sala, el volumen *Varietad V*, de Valéry, cuyo estilo afectado adquiriría aquí un exotismo que hacía más placentera su lectura. Bajo el escritorio, media sandía y una garrafa de vino esperaban a los amigos de la ULUS, que a última hora de la tarde se acercaban a proponernos un chapuzón en el Sava o a traducirnos alguna pequeña crítica que había publicado un periódico vespertino.

—... Es cierto que Verrrnett't'e... ha sabido mirar nuestros campos y que sus dibujos son divertidos... Pero resulta demasiado sarcástico y le sigue faltando..., le sigue faltando... —«Ay, cómo se dice...», se preguntaba el traductor, chasqueando los dedos. «¡Ah, ya!»—. ¡Seriedad!

La verdad es que la seriedad es el bien máspreciado de las democracias populares. Los periodistas de la prensa comunista que venían a primera hora de la mañana para escribir sus artículos tenían seriedad para dar y tomar. Eran jóvenes oficia-

les, calzaban zapatos que rechinaban, la mayoría de ellos habían salido de los círculos de partisanos de Tito y la importancia que acababan de adquirir les producía una satisfacción muy legítima, aunque también los convertía en algo arrogantes e indecisos. Iban de un dibujo a otro, con el ceño fruncido, como censores severos pero perplejos, porque ¿cómo saber si la ironía es retrógrada o progresista?

Entre las once y las doce, el cartel de la puerta —un sol amarillo sobre fondo azul— atraía a todos los chiquillos de la avenida Terazije, que volvían del colegio. Una muestra de pasteles no habría tenido más éxito: niñas con sonrisas melladas brincaban a la pata coja a lo largo de las paredes de la exposición; pequeños zíngaros cubiertos de polvo pagaban con muecas, se perseguían de una sala a otra con gritos estridentes y dejaban sobre el parqué encerado las huellas de sus minúsculos pies descalzos.

Entre las cinco y las seis, la hora de baja afluencia, venían algunos espectros de los barrios elegantes. Lamentables y dulces «exaristócratas», con un francés fluido y unos modales discretos y respetuosos que traicionaban su origen burgués: ancianos con bigotes temblorosos y cargados con enormes capachos; madres de familia con zapatillas deportivas, bronceadas como campesinas, que acercaban sus sillas hasta la caja, nos tendían una mano seca y escrutaban prudentemente en busca del eco de sus rumiaciones melancólicas. Muchos de ellos, que habían regresado al país después de la amnistía decretada en octubre de 1951, vivían en la estancia más pequeña de sus antiguas casas y en las situaciones más inesperadas. Un viejo abogado melómano copiaba partituras para una orquesta de *jazz*, una musa de los salones de antaño pedaleaba al alba hacia lejanos cuarteles para impartir clases de solfeo o de inglés. Apenas dedicaban a las paredes una mirada distraída, pero estaban demasiado solos como para irse enseguida y eran demasiado orgullosos como para confesarlo, así que —para aguantar hasta la hora del cierre— se ponían a soltar



unos monólogos agotadores acerca de la tumba del rey Alejandro o de los conventos desamortizados de Macedonia, que nosotros, que «podíamos comprender», teníamos que ver a toda costa. Y se quedaban allí, insistentes, agotados, confidentes, multiplicando sus consejos. Pero su corazón ya no estaba en aquel lugar. El coraje se puede forzar; el entusiasmo, no.

A la caída de la noche, era toda la calle la que pasaba por la exposición. Los belgradenses tenían tan pocas distracciones que no se podían permitir perderse ni una. La vida era todavía lo suficientemente austera como para que todos ellos tuviesen hambre de todo, y este apetito facilitaba muchos descubrimientos. Había teólogos que seguían las carreras de motos y campesinos que, después de un día entero de compras en la Ulița Marshala Tita, se acercaban a descubrir la acuarela. Dejaban en la puerta un saco de abono, un ronzal nuevo o una podadera con filo engrasado, contemplaban los billetes de entrada con una mirada penetrante y ávida y se sacaban el dinero del cinturón o de la gorra. Después, iban de un dibujo a otro dando grandes zancadas, con las manos a la espalda, y miraban las obras lentamente, decididos a sacar el máximo partido a sus dinares. A sus ojos, educados con las imágenes pastosas del *Diario de Mostar* o *El Eco de Cetinje*, les costaba entender en un primer momento estos dibujos lineales. Sin embargo, a partir de un detalle familiar —un pavo, un minarete, un manillar de bicicleta— desentrañaban el tema, empezaban de repente a reírse o a hablar solos y estiraban el cuello para ver si reconocían su estación, su jorobado, su río. Cuando veían a un personaje con la ropa descuidada, comprobaban cómo estaba su propia bragueta. Me gustaba aquella forma de llevarlo todo a su terreno, de examinarlo lenta y pacientemente, sopesando el trabajo. Por lo general se quedaban allí hasta el final, cómodos en sus pantalones anchos y su olor a campo, y después se acercaban cortésmente a la caja para estrechar la mano del artista o liarle un cigarrillo, que pegaban con un enorme lengüetazo. A las siete,

Prvan, el gerente de la ULUS, venía a informarnos de las novedades. No, los compradores del Estado, que eran sus principales clientes, todavía no se habían decidido.

—Pues nada —decía—, mañana los traeremos de las orejas.  
—Y nos llevaba a casa de su madre a comer un pastel de espinacas.

A falta de clientes, nos brotaban amigos como champiñones. Serbia tiene verdaderos tesoros de generosidad personal y, a pesar de todas las carencias que sufre, brinda calidez. Por mucho que Francia pueda ser —como tanto les gustaba repetirnos a los serbios— el cerebro de Europa, los Balcanes son su corazón, y el corazón nunca sobra.

Nos invitaban a entrar en cocinas oscuras, en pequeños salones de una fealdad fraterna, para ofrecernos enormes banquetes a base de berenjenas, brochetas, melones que, bajo la fuerza de las navajas de bolsillo, se abrían dejando escapar un silbido. Las sobrinas, las ancianas con crujidos en las rodillas —porque eran al menos tres las generaciones que compartían aquellas minúsculas casas— habían preparado ya la mesa con nerviosismo. Presentaciones, reverencias, frases de bienvenida pronunciadas en un francés arcaico y encantador, conversaciones con aquellos viejos burgueses apasionados por la literatura, que mataban el tiempo relejendo a Balzac o a Zola, y para los que *J'accuse*<sup>3</sup> seguía siendo todavía el escándalo más reciente del París literario. Las aguas de Spa,<sup>4</sup> la «Exposición Colonial»...<sup>5</sup> Cuando sus recuer-

3. Escrito de Zola publicado en prensa en 1898, en defensa del capitán Alfred Dreyfus, acusado de alta traición. (*N. de la t.*)

4. Ciudad balneario de Bélgica, de cuyo nombre podría haber derivado el término actual *spa*. (*N. de la t.*)

5. Probablemente se refiere a la Exposición Colonial Internacional, celebrada en París en 1931, como muestra universal de la cultura de las colonias francesas y también de las principales potencias coloniales. (*N. de la t.*)

dos ya no daban para más, pasaba algún que otro ángel, hasta que nuestro amigo pintor se levantaba a buscar, tras un montón de piezas de vajilla, un libro sobre Vlaminck o Matisse que ojeábamos mientras la familia guardaba silencio, como si acabara de dar comienzo un venerable rito al cual no estuviera invitada. Aquella gravedad me llegaba al alma. En mis tiempos de estudiante me había dedicado debidamente a la cultura «en maceta», a la jardinería intelectual, a los análisis, a las glosas y a los esquejes; había diseccionado algunas obras maestras sin captar el valor exorcizador de aquellos modelos, porque, en nuestro país, la costumbre y las instituciones han cortado, distribuido y cosido tan bien el tejido de la vida que, a falta de espacio, la creatividad no cumple más función que la estrictamente decorativa y solo aspira a ser «agradable». En fin, un despropósito. Aquí era diferente: carecer de lo necesario abre, hasta cierto punto, el apetito por lo esencial. La vida, aún miserable, tenía sencillamente una enorme necesidad de «formas», y a los artistas —e incluyo dentro de este concepto a todos los campesinos que saben sostener una flauta o pintar sus carretas, como buenamente pueden, con motivos suntuosos, coloridos y entrelazados— se les respetaba como a intercesores o ensalmadores.

Thierry todavía no había vendido nada. Yo tampoco había escrito nada. Por muy barata que fuera allí la vida, nuestros dinares se esfumaban rápidamente. Fui a buscar trabajo en los periódicos, en los que, gracias a los vecinos de Sajmiste, conseguí publicar algunas cositas. Las redacciones pagaban poco, pero acogían con mucho cariño. Uno se sentía enseguida a gusto, porque en casi todas ellas había un buen lugar reservado para un piano de cola, abierto para los «casos de emergencia» —como si aquí la necesidad de la música fuera tan imperiosa como una necesidad fisiológica—, y también un bar en el que, envuelto en el estimulante

aroma del café turco, se podía charlar con mucha libertad. No había censura previa y, en principio, existía margen para publicar las opiniones más heterodoxas... y también para recibir multas por ellas. Hay que decir además que el redactor jefe se encargaba de retirar prudentemente de la mesa de la imprenta todo aquello que olía a peligro, así que, como mínimo, la mitad del manuscrito se quedaba sin utilizar. A veces, para causarnos buena impresión, los jefes exageraban de forma inconsciente la libertad de la que gozaban: «En su país, las mujeres no votan. Escribanos una página sobre eso. Sobre sus sentimientos al respecto. Hágalo sin rodeos». La verdad es que yo no tenía una opinión formada sobre el asunto, pero decidí escribir que aquello era bueno, tal vez porque, después de haber pasado varias semanas en Yugoslavia, ansiaba encontrarme con mujeres que militaran un poco menos y se preocuparan un poco más por gustar. En mi texto apelé incluso a La Fontaine en la defensa de «la gracia, más bella aún que la belleza». Las señoras —la publicación era una revista femenina— se sintieron halagadas, desde luego, porque, aunque no todas eran bellas, sí que podían presumir de gracia. Pero no era literatura lo que se necesitaba.

—Nos hemos reído mucho —me comentó la redactora, algo incómoda—, pero su orientación todavía es un poco..., cómo se dice..., frívola. Podemos meternos en problemas.

Le propuse entonces escribir un cuento.

—Tengo una idea: un cuento sin príncipe.

—¿El diablo?

—Si se empeña... Pero nada de santos. Necesito conservar mi puesto. —Y sacudió su melena negra lanzando una simpática carcajada.

Belgrado se nutre de una magia rústica. Y eso que esta ciudad no tiene nada de pueblerina. Sin embargo, un influjo campestre la atraviesa y le confiere misterio. Es fácil imaginarse en ella al diablo oculto bajo la apariencia de un rico comerciante de gana-

do o de un sumiller con chaqueta desgastada, esforzándose por urdir tramas o tender trampas que, una y otra vez, acaba desbaratando el formidable candor yugoslavo. Vagué toda la tarde por la margen del Sava, intentando en vano inventar alguna historia sobre aquel tema. Como el encargo corría prisa, pasé la noche escribiendo a máquina una pequeña fábula en la que ya no había ni rastro del diablo, y fuimos a entregársela inmediatamente a la redactora, al sexto piso de un edificio lleno de grietas. Aunque era tarde, nos invitó a pasar. No recuerdo nada de aquella conversación, pero sí que me sorprendí especialmente al ver que ella calzaba unas zapatillas de andar por casa con tacones y que vestía una espectacular bata roja. En Belgrado, esas cosas llaman la atención. Me sentí agradecido ante aquella ropa tan bonita. De todos los aspectos de la miseria, siempre me ha parecido que uno de los más deprimentes es el que afea a las mujeres: zapatos de oferta gruesos como prótesis, manos agrietadas, tejidos de flores con colores corridos y entremezclados. En ese contexto, aquella bata era una victoria. Nos reconfortaba como si fuera una bandera. Me dieron ganas de felicitar a la redactora, de brindar por aquellos recargados atuendos, pero no me atreví a ser tan explícito. Nos fuimos, no sin antes haberle mostrado tal profusión de agradecimientos que ella pareció quedar un tanto sorprendida.

Cuatro mil dinares. Necesitaríamos reunir diez veces más antes de irnos de la ciudad, pero con eso al menos podíamos cubrir unos días del descanso que preveíamos tomarnos en Macedonia. Para trabajar, para huir de Belgrado, que empezaba a desbordarnos.

Adoquines del muelle del Sava, pequeñas fábricas. Un campesino con la frente apoyada en el escaparate de una tienda, que no se cansa de contemplar una flamante sierra. Rascacielos blancos de la parte alta de la ciudad, coronados por la estrella roja del Partido. Campanarios con cúpulas de cebolla. El pesado olor a aceite

de los tranvías nocturnos, repletos de obreros con la mirada vacía. Una canción que se escapa del fondo de un bar... *Sbogom Mila dodje vreme* (Adiós, amada mía, el tiempo vuela...). Como quien no quiere la cosa, a fuerza del uso que hacíamos de ella, la polvorienta Belgrado nos iba atravesando la piel.

Hay ciudades que se sienten demasiado presionadas por la historia como para cuidar su aspecto. Cuando se convirtió en la capital de Yugoslavia, esta gran villa fortificada se amplió con la construcción de calles enteras, en ese estilo administrativo que ya ha dejado de ser moderno y que, según parece, jamás llegará a ser antiguo. Central de Correos, Parlamento, avenidas adornadas con acacias y barrios residenciales en los que los chalés de los primeros diputados crecieron sobre un terreno regado con sobornos. Todo había ido demasiado rápido como para que Belgrado hubiese podido prestar atención a los cientos de detalles de los que depende la elegancia de la vida urbana. Más que habitadas, las calles parecían ocupadas; la urdimbre de incidentes, palabras y encuentros era rudimentaria. No había ni uno solo de esos recovecos sutiles y sombríos que toda ciudad que se precie de serlo ofrece para el amor o la meditación. Los productos sofisticados desaparecieron junto con la clientela burguesa. Los escaparates mostraban mercancías casi inacabadas: zapatos descargados como si se tratase de troncos, barras de jabón negro, clavos por kilos o polvos de talco empaquetados como si fueran abono.

De cuando en cuando, algún diplomático que pasaba por la exposición y nos invitaba a cenar nos permitía recuperar esa pátina urbana que tanto le faltaba a aquella ciudad. En esos casos, hacia las siete, dejábamos el polvo de la jornada en el Sava, nos hacíamos cortes en la cara al afeitarnos apresuradamente ante el espejo del rellano y, vestidos con trajes descoloridos, nos deslizábamos, llenos de felicidad, hacia los barrios bonitos, los grifos cromados, el agua caliente y las pastillas de jabón, que —con el

pretexto de ausentarnos un instante— aprovechábamos para lavar una provisión de pañuelos y calcetines. Cuando el que se había encargado de esta tarea volvía, por fin, con gotas de sudor en la frente, la anfitriona le preguntaba en un tono maternal: «¿No se siente usted bien? ¡Ah, esta comida serbia...! Nadie se libra, tampoco nosotros; de hecho, hace poco...».

—Yo mismo —añadía el diplomático, levantando las manos.

Escuchábamos tan solo a medias aquella conversación, centrada en la mala calidad de las carreteras, en la incompetencia de la Administración y, en definitiva, en carencias y penurias que no nos afectaban lo más mínimo, y reservábamos toda nuestra atención a la suavidad del coñac, la textura del mantel de damasco, el perfume de la señora de la casa.

La movilidad social del viajero le hace más fácil ser objetivo. Estas excursiones fuera de nuestra periferia nos permitían, por primera vez, formular un juicio sereno sobre aquel entorno, del que había que alejarse para distinguir bien sus contornos. Sus hábitos verbales, sus ridiculeces, su humor, su dulzura y —una vez que nos habíamos ganado la confianza de los habitantes— su naturalidad, flor escasa en todos los terrenos. También su inactividad y esa falta de curiosidad que es fruto de una vida organizada ya hasta el último detalle por las generaciones anteriores, más ávidas y más creativas. Un mundo de buen gusto, a menudo de buena voluntad, pero esencialmente consumidor, en el que, por supuesto, se conservaban las virtudes del corazón, pero más bien como si fueran una cubertería de plata de la familia que se reserva para las grandes ocasiones.

A la vuelta, nos encontrábamos nuestra chabola recalentada por el sol de todo el día. En cuanto abríamos la puerta, volvíamos a poner los pies en el suelo. El silencio, el espacio; pocos objetos, pero que significaban mucho para nosotros. La virtud de un viaje es que permite purgar la vida antes de empezar a adornarla.

Un nuevo vecino. Anastase, un francés de origen serbio al que la vida en Montparnasse le resultaba demasiado dura y que había decidido volver a su país. Acababa de instalarse aquí, junto con su dulce esposa parisina, de la que todos los habitantes de la casa esperábamos en secreto que fuera una mujer fácil. Pero no lo era. Anastase apenas hablaba serbio. Le costaba adaptarse a Sajmiste y a sus costumbres. Un marcado acento de París y una especie de tímida insolencia suplían en su caso la falta de aplomo. Por miedo a parecer burgués, no se quitaba sus camisetas de malote, y su mujer se había hecho un vestido de paño burriel de un corte austero que causó sensación. Pero no tuvo ocasión de lucirlo mucho tiempo. Al cabo de una semana ya le había picado el *papadatchi*, el mosquito de la fiebre, que la dejó postrada en la cama, menguando a ojos vistas y llorando como una magdalena, en medio de un círculo de vecinas toscas y serviciales.

En fin, Anastase se movía entre decepciones y sorpresas. Hasta las mujeres lo tenían completamente desconcertado: seguro de que su condición de francés le haría merecedor de cierta indulgencia, abordó con decisión en la ducha a la hija del conserje, que estuvo a punto de darle una paliza. «Si casi no he podido ni tocarla», murmuraba él con amargura. Milovan, el crítico, se burló.

—La precipitación te perderá, Anastase. Pobre chica... Francés, francés... ¡Seguro que se esperaba maravillas! ¡Una pizca de cortejo, unas galanterías, un asedio en condiciones! ¡Y vas tú y te abalanzas sobre ella en plan aquí te pillo, aquí te mato, como todos!

Durante las primeras semanas, Anastase había sentido que el mundo se le venía encima. Todo era tan diferente... ¡Incluso la política! Al principio, para ganarse la confianza y mostrar buena disposición, se deshizo en furibundas críticas contra el Vaticano. No obtuvo el más mínimo eco. ¿Por qué el Vaticano? Nadie le

pedía que llegara tan lejos y, además, el tema no interesaba a ningún vecino de Sajmiste. Ya había en Belgrado periodistas de la prensa de extrema izquierda a los que se les pagaba para que defendieran aquella postura. ¿Por qué hacer gratis su trabajo? Sus interlocutores lo miraban con una expresión de sorpresa que le cortaba la elocuencia y lo invitaban amablemente a tranquilizarse y tomar una copa. Los serbios saben reconocer a primera vista la angustia y la soledad, e inmediatamente acuden a ayudar con una botella, con unas cuantas peras pequeñas y un tanto pochas y con su buena compañía.

Al igual que nosotros, Anastase se había beneficiado de esas maravillosas virtudes: Milovan; Vlada, el pintor naíf, y la gente de la ULUS lo habían ayudado fraternalmente a mantenerse a flote. Cuando comprendió en qué tipo de círculo había caído, se sumergió en él con un agradecimiento apasionado. En ese momento, quiso a toda costa repartir el café que había traído de Francia. Lo veíamos entonces recorrer los pasillos, con una bandeja humeante en la mano, para hacerse querer. Y la verdad es que llegó en el momento oportuno: el café era un producto escaso y Anastase lo preparaba de maravilla. Se le quería. Era así de sencillo.

Misa del viernes en la pequeña iglesia ortodoxa que se esconde tras la oficina de Correos. Varios girasoles junto a una empalizada de madera carcomida y pieles de conejos rellenas de paja colgadas de la pared de la sacristía. En el interior del edificio, una docena de ancianas con sandalias cubiertas de polvo cantaban detrás de un biombo. Dos cirios clavados en un cubo de arena iluminaban tenuemente el altar. Era tierno y arcaico. La oscuridad, el runrún de las débiles voces daban a la ceremonia un aire de irrealidad casi dolorosa; era como si un director teatral poco cuidadoso acabara de organizarla sobre la marcha.

Aquella iglesia parecía agonizar. No había podido adaptarse; tan solo sufrir. El papel que había desempeñado en la formación del Reino de Serbia y el auxilio que había prestado a los combatientes de la Resistencia evitaron que fuera objeto de una persecución, pero, aunque el Partido no hacía nada para rematarla, hacía aún menos para sanarla, y todos sabían que ir con frecuencia a misa no era precisamente un factor que ayudase a hacer carrera.

Eso sí, entre los muertos la iglesia podía reafirmarse sin miedo a perjudicarles. En los cementerios de Belgrado, sobre las tumbas de los partisanos coronadas por la estrella roja, las familias colocaban cruces de perlas violetas o encendían, los domingos, esos minúsculos cirios cuya llama se va curvando sin apagarse. La competencia entre emblemas llegaba silenciosamente hasta aquí. El del Partido se extendía por todas partes: con minio en las empalizadas, en la entrada de las tiendas, grabado en los panes de especias y, en ocasiones, incluso en los pueblos perdidos de Bosnia, donde la sección de la capital administrativa de la zona levantaba frente a la mezquita un «arco del triunfo del cooperador», enorme impostura de cartón piedra que pasaba directamente de la pintura fresca a una decrepitud leprosa: al cabo de una semana, los campesinos ya estaban atando sus carretas a sus columnas o arrancando discretamente material con el que tapar los cristales rotos de sus ventanas; el barniz se abría bajo un sol de plomo y el pesado tótem se marchitaba como un injerto que no hubiese agarrado.

Resulta verdaderamente curioso que las revoluciones que presumen de conocer al pueblo presten tan poca atención a la delicadeza de este y recurran, para su propaganda, a consignas y símbolos de un conformismo aún más torpe que el que pretenden sustituir. La Revolución francesa, obra de las mentes más preclaras de la *Enciclopedia*, se degradó rápidamente hasta quedar convertida en una boba parodia de la República romana, con su

«pluvioso»,<sup>6</sup> su «décadi»,<sup>7</sup> su diosa Razón.<sup>8</sup> La misma decadencia que cuando se pasaba del socialismo entusiasta y estudiado de Milovan a la «máquina del Partido»: altavoces, cinturones militares, Mercedes llenos de chulos, avanzando a toda prisa sobre un pavimento destrozado; un aparato entero curiosamente pasado de moda y tan arbitrario como esas pesadas mecánicas escenográficas en las que se baja el telar para marcar el final de la obra, con los dioses muertos y las nubes como trampantojo.

Nadie en Sajmiste hablaba del pasado. Se podía dar por sentado, sin miedo a equivocarse, que en todas partes había sido difícil. Como caballos heridos, pero de poca memoria, los escasos habitantes de la zona encontraban en este olvido el coraje necesario para volver a vivir.

En Belgrado, quienes ocupaban puestos de importancia no hablaban del pasado, como si fuese un viejo sospechoso cuyo procesamiento hubiese implicado a demasiadas personas. Y, sin embargo, existe una gloriosa historia serbia, crónicas croatas o montenegrinas, gestas macedonias repletas de príncipes-obispos maquiavélicos, filólogos conspiradores, *comitadjis* con mosquetones llenos de muescas; personajes admirables pero difíciles de utilizar, aún no aptos para su consumo —como esas carnes que hay que cocinar durante largo tiempo para quitarles el amargor—, porque, por lo general, habían aprovechado las breves treguas que les dejaba el enemigo turco o austríaco para atacarse entre sí.

6. Alusión al mes del calendario republicano francés que discurría entre finales de enero y finales de febrero. (*N. de la t.*)

7. Nueva alusión al calendario republicano francés. Se refiere al décimo día de cada década, es decir, de cada tramo de diez días en los que se dividía el mes. (*N. de la t.*)

8. Para personificarla en las ceremonias celebradas en el Campo de Marte, se eligió a una prostituta.